

Notas sobre ensayo, cultura y modernidad en Latinoamérica¹

Mónica E. Scarano

Universidad Nacional de Mar del Plata – CELEHIS

Resumen

El trabajo se propone indagar sobre la relación entre ensayo, cultura y modernidad en Latinoamérica, y trazar la filiación moderna de esa modalidad discursiva en el subcontinente. Para ello la exposición consta de dos partes: en la primera se esbozan los factores que acompañaron los comienzos y la aclimatación del ensayo en el terreno histórico y en el paisaje cultural de nuestras naciones, atendiendo a los vínculos entre las situaciones históricas y las posibilidades expresivas del ‘género’. La segunda explora sus lazos con la modernidad, cultura letrada y pensamiento crítico.

Palabras clave

Ensayo - Modernidad - Cultura latinoamericana - Literatura latinoamericana - Latinoamérica

Abstract

The purpose of this paper intends to investigate the relationship among essay, culture and modernity in Latin America in order to outline its modern filiation in the subcontinent. The exposition is composed by two parts: the first one sketches the main contributing factors that accompanied the beginnings and the acclimatation of the essay in the historical ground and the cultural landscape of our nations, paying attention to the links among the historical

1 Este trabajo sintetiza planteos desarrollados en el segundo capítulo de mi tesis de doctorado, *Latinoamérica a través del espejo. El ensayo como discurso cultural (de Sarmiento a Mariátegui)*, (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007), y reproducido M.Scarano (2012). *El ensayo latinoamericano como discurso cultural*. En prensa.

situations and the expressive possibilities of the essay. The second part explores the relationships among modernity, literacy, culture and critical thought in Latin America.

Keywords

Essay – Modernity – Latin American culture - Latin American literature -Latin America

La excesiva amplitud y la diversidad son tal vez las notas más salientes del ensayo, si se lo considera desde una perspectiva teórica. Acotando el punto de mira, el interés de nuestro trabajo se orienta a examinarlo *en situación*, en determinadas circunstancias históricas y socioculturales vinculadas con el proceso de la modernidad en América Latina, explorando su marcada filiación moderna y su particular aclimatación en la cultura latinoamericana. Revisaremos entonces brevemente las condiciones histórico-sociales que acompañaron el surgimiento y el desarrollo de una tradición ensayística de fuerte arraigo en el subcontinente.

En primer lugar, hay que señalar las transformaciones culturales que prepararon el terreno y estimularon una práctica muy intensa y frecuente en estas latitudes, sobre todo desde mediados del siglo XIX, y que se anticipó al auge alcanzado en la península ibérica recién hacia el final de esa centuria. Pensemos además en los cambios históricos de distinto orden que se registraron en nuestros países y en el nutrido repertorio de ideas y nuevas sensibilidades que estimularon la profusión de ensayos de interpretación cultural en las naciones latinoamericanas. ¿Por qué y en qué sentido el ensayo se convirtió en el vehículo más eficaz para construir nuevas subjetividades políticas y sociales y en el molde discursivo más adecuado para expresar las propuestas, inquietudes y aspiraciones nacidas en ese *humus* histórico, desde las diferentes experiencias asimiladas y los materiales ideológicos trasplantados y aclimatados a las condiciones peculiares de ese suelo?

Resumendo: ni la crítica literaria y cultural ni la historia de las ideas, la historia intelectual y la teoría y el análisis de la cultura en Latinoamérica, han dejado de señalar el ensayo como la forma discursiva del siglo XIX con mejor predisposición para tratar la *cuestión cultural*, como problema,

deseo o proyecto, en sus más diversas derivaciones.² Esta afirmación puede extenderse hasta las primeras décadas del siglo XX y aún en lo que resta del siglo, cuando –perdido ya su protagonismo discursivo– aparece entremezclado con otras formas y géneros como la novela, la crónica periodística, el artículo crítico, el comentario de fondo en los medios masivos y otros. En la historia del estudio del género son numerosos y llamativos los debates y las reflexiones que, sin alcanzar necesariamente un impacto importante ni ofrecer respuestas definitivas, encontraron en el ensayo el cauce comunicativo adecuado para dar una forma provisoria a los tópicos, las preocupaciones y las propuestas que nutrieron el discurso autointerpretativo de las elites culturales en Latinoamérica.

Esta práctica fue cultivada y difundida más asiduamente durante las etapas posrevolucionarias de formación de los estados nacionales y en las instancias de proyección de alianzas e integraciones regionales o continentales. En este sentido, la singular complejidad del área cultural latinoamericana no proviene sólo de su indiscutible diversidad sino del cuadro matizado de tensiones y desencuentros que ganaron espacio en el curso de la progresiva fragmentación del imperio español en América.

Entornos modernos de una escena conflictiva

Repasemos con rápidos trazos los cambios más significativos registrados en las preliminares de las revoluciones independentistas. Durante el período previo

2 Pensamos en los planteos sobre el ensayo latinoamericano de Medardo Vitier, Alberto Zum Felde, Ángel Rama, José Luis Romero, Carlos Real de Azúa, Arturo Andrés Roig, Peter Earle, Martin S. Stabb, Oscar Terán, David Lagmanovich, Walter Mignolo, José Miguel Oviedo, José Luis Gómez-Martínez, Julio Ramos, Liliana Weinberg, Horacio Cerutti Guldberg, Susana Rotker, Alberto Paredes. Claudio Maíz, entre otros.

a la oficialización del ensayo en Latinoamérica con marcos discursivos reconocibles, hasta mediados del XIX, el escenario subcontinental estuvo marcado por el creciente deterioro de la soberanía imperial hispanolusitana y el resquebrajamiento de las relaciones con la metrópolis que ya se venían insinuando en algunas colonias españolas, desde casi dos siglos atrás.³ Hacia el final del siglo XVII, se empezó a avizorar a largo plazo como un proyecto posible la emancipación de varios puntos del subcontinente de su inicial dependencia de España. El mejoramiento de su economía de subsistencia y el desarrollo de nuevas fuentes de riqueza, entre otras actividades económicas, fueron creando un estado de “emancipación informal” en la América Hispana colonial, desde ese entresiglo hasta los inicios del XVIII (Lynch, 12).

A esos signos se sumaron, a lo largo de ese siglo, las convulsiones sociales desencadenadas por la insurgencia independentista en un clima general de incesante agitación política y de profunda crisis económica.⁴ Ni la autorización

3 Por *marcos* discursivos, aludimos a la identificación del ensayo como un tipo discursivo delimitado por un conjunto de rasgos y procedimientos distintivos que, a modo de marcadores genéricos, lo asocian a un cúmulo de conocimientos en un período dado, y organizan la información relevante sobre la producción y la comprensión de los discursos. Cfr. Mignolo..

4 Las innovaciones comerciales y administrativas implementadas desde la metrópoli por la política centralista y reformista de los Borbones, buscando afianzar el poder real absoluto, contribuyeron a agudizar un conflicto evidente desde mucho tiempo atrás, en otros planos de la realidad americana colonial. Si los intereses económicos y las demandas políticas y sociales en América eran ya heterogéneos, la política borbónica desencadenó enfrentamientos entre las distintas colonias y en el interior de ellas, y despertó la resistencia de las elites locales, por la presión tributaria y la dificultad de los criollos para acceder a los cargos públicos. Como resultado de la renovación del control imperial, con la supresión del sistema de puerto único en España, a partir de 1765, el peso

del comercio intercolonial con la abolición del monopolio de Cádiz y Sevilla, ni la ampliación del comercio con España impulsada desde 1778 por el “Reglamento para el Libre Comercio entre España e Indias”, fueron suficientes para descomprimir esa tensión. Por lo contrario, llegaron demasiado tarde para modificar la escena. Recurriendo a la imagen de John Lynch, se diría que la reforma imperial vino a plantar “la semilla de su propia destrucción” (10).

Otro factor decisivo fue la irrupción tempestuosa de los aires revolucionarios que sacudió el mundo occidental en las últimas décadas del siglo XVIII, impactando con fuerza en el mundo hispánico, a partir de la eclosión de la Revolución Francesa y sobre todo desde la revolución liberal de 1808 que marcó el pasaje del antiguo régimen de la monarquía hispánica a las formas políticas modernas de la sociedad burguesa. Las diferentes acciones insurgentes de este proceso estuvieron acompañadas por numerosos materiales impresos que colaboraron en la difusión de las *luces* y en la formación del espíritu público y el *mundo de la opinión*. Abundaron los pasquines y distintos tipos de escritos patrióticos, panfletarios o insurgentes, editados individualmente en sueltos y folletos o reunidos en publicaciones periódicas.⁵

En esa *época revolucionaria* por excelencia,

de la dependencia resultó visiblemente mayor.

5 En la geografía continental, el siglo XVIII fue testigo de una serie de asonadas, motines, levantamientos populares o de ciertos grupos sociales y, más adelante, movimientos revolucionarios que fueron, en algunos casos, verdaderas rebeliones políticas. Algunos ejemplos son el *Mercurio peruano*, tribuna de los precursores de la independencia fundada por la Sociedad Académica de Lima, *Las Primicias de la Cultura de Quito* de la Sociedad de Quito, *El Papel periódico de Santa Fe de Bogotá*, *La Gazeta de Guatemala*, la *Gaceta de Literatura de México*, el *Mercurio volante* y, más adelante, *El Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiográfico del Río de la Plata* y *El Semanario de agricultura, industria y comercio*, de Buenos Aires.

los intereses y las tradiciones locales y regionales, sistemáticamente desplazadas y desatendidas por los sectores hegemónicos durante los cuatro siglos de dominación colonial, comenzaron a ser rescatados y agenciados, ya desde fines del XVII, por movimientos políticos y sociales de diferente signo ideológico y proyección. Al mismo tiempo emergían los signos de la gran mutación cultural que puso en marcha la *Ilustración*, introduciendo cambios de gran complejidad, tanto en el campo de las ideas y de los imaginarios políticos y sociales como en los valores y los comportamientos individuales y colectivos. El triunfo del individuo que pasó a ocupar un lugar central en la escena filosófica, desde Descartes, y en el campo de lo político, a partir de las ideas de Hobbes, Locke y Rousseau, tuvo su correlato en las nuevas formas de sociabilidad que se establecieron en aquellos tiempos. La descripción que ha hecho de ellas François-Xavier Guerra, destaca los aspectos modernos de esas prácticas:

Estas sociabilidades modernas que se caracterizan por la asociación de individuos de orígenes diversos para discutir en común, presentan rasgos muy distintos de los cuerpos y de las asociaciones antiguas. En los “salones”, tertulias, academias, logias masónicas, sociedades económicas, etc. nace la *opinión pública moderna*, producto de la discusión y del consenso de sus miembros. Estas sociedades son igualitarias, ya que se establecen con la finalidad de una simple discusión en la que sólo cuenta la razón. La autoridad sale en ellas de la voluntad de los asociados, lo que lleva consigo prácticas electorales de tipo moderno; por todo ello han podido ser calificadas de “democráticas” (23. La cursiva es nuestra)

Sin duda los cambios introducidos por esas nuevas formas de relación y de comunicación social habían creado las

condiciones modernas necesarias para el desarrollo de nuevas prácticas discursivas y culturales. Entre ellas, el ensayo, que era en Europa la forma privilegiada de difusión de las ideas de los enciclopedistas y de la Revolución Francesa, también comenzó a ocupar un lugar más protagónico y central en las nuevas sociedades americanas.⁶ En otra etapa de esa misma transformación, hacia el final del siglo XIX, esos hábitos se exacerbaron, cuando las muchedumbres ganaron visibilidad y empezaron a hacer valer sus derechos, como lo testimonia la expresión con que Rubén Darío definió la inesperada novedad de las experiencias finiseculares: “este tiempo, en fin, en que todo el mundo se cree con derecho a tener una opinión” (Rama: 132). Encontramos aquí una explicación plausible para los innumerables artículos periodísticos breves aparecidos en esa época, entre los que se cuentan esbozos ensayísticos y otros escritos de carácter doxológico en las numerosas revistas, semanarios y periódicos que se publicaron, con diferente fortuna e impacto, especialmente en el entresiglo del XIX al XX, en las principales ciudades de Latinoamérica, en algunos nucleamientos de hispanos en los Estados Unidos y en metrópolis europeas, en particular de España y Francia, centros culturales con una importantísima función de religación y articulación en el incipiente campo intelectual, a una y otra orilla del Atlántico.

6 Desde la lingüística, Chaïm Perelman y Olbrechts-Tyteca relacionan el desarrollo de la retórica con los tiempos de crisis, y el del arte de la elocuencia con la forma republicana de gobierno, en especial en los géneros deliberativo y epidíctico. Así, por el modo de interlocución establecida con el lector, la *elocuencia retórica* supone la libertad política, de pensamiento y de expresión, y el sistema político democrático, como condiciones necesarias para darle lugar al otro como subjetividad a persuadir, sin silenciarlo o anularlo, ni borrarlo o reducirlo a mero objeto pasivo. Ambos colocan a quien es criticado en el mismo nivel del que critica, reclamando su derecho a réplica. Cfr. Perelman y Olbrechts-Tyteca, I.

En síntesis, el panorama de conjunto es, desde todo punto de vista, complejo y resistente a toda simplificación. Se trata de un proceso mucho más global y abarcador, que no se limitó a una serie de cambios institucionales, sociales y económicos. A la irrupción de un nuevo sistema de referencias políticas y culturales, de un nuevo ideal de hombre y de una nueva sociedad con precedentes en la época ilustrada y en el antiguo régimen monárquico, que ya habían ido surgiendo entre los círculos selectos de las minorías letradas, se le sumó un fenómeno radicalmente nuevo: la creación de una *escena pública*. Se impusieron así nuevas fuentes de legitimidad: la *nación* y el *pueblo soberano*, y entró en escena una clase nueva de actores sociales: los *políticos*. Es evidente que las grandes transformaciones experimentadas en estas latitudes, durante esa etapa, dejaron abierto un abanico de cuestiones por debatir y resolver, para las cuales se ensayó adaptar soluciones ya probadas en otros lugares o bien se imaginarían otras nuevas.

A su vez, como consecuencia del paulatino avance de la urbanización en las distintas regiones del continente, se fueron configurando los marcos de experiencia propicios para el desenvolvimiento de los procesos socioculturales que podrían ser proyectados, evaluados y repensados desde el espacio discursivo maleable y renuente a formulaciones definitivas que ofrecía el ensayo de interpretación cultural. Destacamos, en particular, la difusión de los contenidos jerarquizados en las etapas más avanzadas del proceso de alfabetización y, más adelante, de la llamada *misión civilizadora*, a través de los conocimientos generados, debatidos y distribuidos desde los centros de saber, sobre todo las universidades, los colegios y las bibliotecas, ubicados en los núcleos urbanos más importantes de estas regiones de América, y desde otros

espacios sociales alternativos a la esfera institucional.⁷

Además, las nuevas circunstancias y las transformaciones tecnológicas de la cultura de la letra introducidas por la imprenta, sobre todo en la prensa periódica y las distintas formas de escritos impresos que circulaban en la época, tuvieron una incidencia directa en la creación de una escena social que favoreció el trasplante, la difusión y el intercambio de ideas en las nacientes repúblicas de ultramar. En ese marco, se desarrollaron y debatieron numerosas teorías e interpretaciones, desde diferentes lugares de enunciación – españoles, criollos, mestizos, nativos amerindios, funcionarios o súbditos de la corona, miembros del clero residentes en América o en el exilio–, no sólo como actos inscriptos en la lógica hegemónica de los sectores que ocupaban el poder sino también como prácticas críticas que planteaban disidencias y polemizaban con la ideología oficial.

A esta altura, es posible entrever la estrecha relación que enlazó desde sus inicios el ensayismo cultural en estas tierras con algunas operaciones características del complejo proceso de cambios, paradojas y contradicciones, de múltiples dimensiones, conocido como la *modernidad*, nacida en los centros metropolitanos de Occidente, con aspiraciones de difusión a escala global. Por ejemplo, la infatigable tarea de construcción de subjetividades en términos sociales o colectivos, que refractó en el ensayo que estudiamos con inusitada visibilidad. Desde este ángulo, existen otros puntos de contacto entre la forma y el objeto del discurrir de este tipo

⁷ Aludimos a los clubes, los cafés, las tertulias de estudiantes y clérigos de México, Guadalajara y Chuquisaca, o las de clérigos, oficiales y patricios de Valladolid de Michoacán, Dolores y Querétaro, las sociedades patrióticas como las de Lima y Guatemala, y las tertulias patricias de Caracas, Quito y Santiago de Chile, las sociedades económicas, literarias y de pensamiento –réplicas de las *sociétés de pensées* francesas–, las logias masónicas, las academias y otras tantas asociaciones modernas que fueron surgiendo en el mundo de las elites intelectuales hispanoamericanas.

de ensayo, en la medida en que esta práctica autorreflexiva y autoconsciente integra el conjunto de experiencias que hoy en día podemos identificar inequívocamente como *modernas*.

La experiencia moderna se ha ido articulando, en las distintas áreas culturales, a través de determinadas visiones universales del mundo que ponían en evidencia la condición *provisoria* y *perfectible* de los basamentos ideológicos de sus proyectos. En segundo término, la identificación de problemas e interrogantes, a menudo acuciantes —¿quiénes somos?, ¿qué queremos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿qué heredamos?, ¿con quién nos aliamos?—, siempre abiertos y susceptibles de nuevas formulaciones sujetas a su vez a nuevas críticas y refutaciones, demandó de por sí un conjunto de estrategias intelectuales modernas de racionalización y secularización, como la *discusión*, la *autocomprensión* y la *polémica*, de las que se nutrieron el ensayo y otros discursos doxológicos formadores de opinión. Es comprensible, entonces, que las nuevas prácticas sociales y culturales echaran mano muy pronto del potencial expresivo y persuasivo del ensayo, y adoptaran su impronta interpretativa y dialogal para reforzar la dimensión apelativa y didáctica de una escritura que buscaba dar forma a una genuina *pedagogía cívica*, con el propósito de difundir las luces y contribuir a concretar el cambio social.⁸ Por fin, una última inferencia en relación con las paradojas y contradicciones propias del proceso moderno que enhebran la intrincada secuencia de posiciones y propuestas que, bajo el formato del ensayo, daban interpretaciones diferentes y hasta irreconciliables, de las nuevas y cambiantes realidades americanas, confirmándose, corrigiéndose o refutándose

8 La lectura iluminista —en un sentido emancipatorio del término— de la racionalidad moderna que propone Jürgen Habermas, complementa la visión que acabamos de presentar. En esta línea, también remitimos a ella con el fin de indagar sobre la relación entre ensayo y modernidad que nos interesa plantear. Cfr. J. Habermas (1991) y (1989).

entre sí.

Por un lado, revelaría las fases contrastantes de nuestra modernidad periférica, desencontrada y desigual, en constante proceso de adaptación y revisión crítica, y por otro, el peculiar y complejo proceso de apropiación de ideas, formas, sensibilidades y valores que echarán raíces “fuera de lugar”.⁹

Ensayo, cultura letrada y pensamiento crítico

A pesar de la esporádica atribución de una prosapia antigua, se puede sostener que el ensayo nació moderno y despuntó en suelo americano en el siglo XIX, libre del peso de un canon fuertemente arraigado y asociado a las nuevas ideas que llegaban desde los nuevos centros culturales europeos, sobre todo desde Francia e Inglaterra. Sin embargo, aunque todavía no se han estudiado en profundidad las etapas preliminares al apogeo del ensayo en el subcontinente, debe reconocerse que existieron precedentes, formas larvadas que anticiparon algunos rasgos de este tipo de discurso en los últimos siglos de nuestra historia colonial.¹⁰ Hacia fines del XVII y a lo largo de buena parte del siglo XVIII, una constelación de discursos, cartas, sermones, críticas y comentarios, anunció y allanó el camino para la consagración del ensayo como género eminentemente argumentativo,

9 Nos referimos al proceso que Roberto Schwarz describió en su excelente ensayo, “As idéias fora do lugar”.

10 En uno de los escasos trabajos sobre el tema, Emilio Carilla propuso un itinerario de autores y textos para indagar esa hipótesis poco explorada en los estudios sobre el ensayo latinoamericano, y enumeró como precedentes a Juan de Espinosa Medrano (El Lunarejo), Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Diego y Antonio de León Pinelo, Pedro de Peralta y Barnuevo, Antonio Nariño, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Jorge Juan, Francisco José de Caldas y Félix de Azara, entre otros. Cfr. Carilla.

tal vez el más adecuado y dúctil para la formulación y la discusión de ideas.¹¹ Ya en aquellos textos que llamaremos *protoensayísticos*, el ensayo aparecía prefigurado y ligado al espíritu de esos tiempos, tan proclives a las prácticas reflexivas de *autoconciencia* y *autocrítica* que irrumpían como gestos y hábitos modernos del nuevo tipo de subjetividad emergente.

Por otra parte, en los inicios de la sociedad virreinal, constituida ya la *ciudad letrada* en el *Nuevo Mundo*, durante la época barroca, la *letra* se convirtió en el instrumento simbólico de mayor fuerza, que en forma paulatina iría ganando autonomía para fijar y dar consistencia en el orden de los signos a las frágiles e inestables sociedades, individuos y cosas americanas, desde la imposición del orden colonial. Ángel Rama lo planteó en los siguientes términos: “la palabra escrita viviría en América Latina como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario” (22). La situación así definida por Rama por cierto no es privativa del funcionamiento de la cultura letrada en las sociedades latinoamericanas, sino que es válida también para su implantación en otras partes del mundo, donde la cultura occidental se había impuesto sobre otras culturas preexistentes, en particular cuando éstas eran predominantemente ágrafas u orales.¹² Hecha

11 María Elena Arenas Cruz desarrolló extensamente la tesis polémica del carácter genérico-argumentativo del ensayo en su libro *Hacia una teoría general del ensayo...* Véase el segundo apartado del capítulo III, 150-445.

12 En los dominios de la cognición, se atribuye a la práctica de la cultura escrita o para ser más precisos a lo que denominamos alfabetización, una serie de competencias mentales potenciales, tales como el pensamiento crítico (aunque éste no se agote en su vertiente letrada), o el situar las emisiones desde lugares imposibles, no necesariamente en presencia, combinando emisiones de base perceptual con emisiones de base perspectiva.

“La escritura” –sostiene Kittay– “como brecha entre las coordenadas espaciotemporales de su inscripción y las de su lectura, como producción

esta salvedad, encontramos allí una posible explicación de la tarea de autocomprensión y discusión crítica, acometida con obsesión por los hispanoamericanos sobre sí mismos, sobre sus territorios y sus problemas, intentando responder el interrogante acerca de su identidad, en especial con el formato discursivo del ensayo y sus formas afines.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que aún en los planteos más tradicionales sobre la cultura escrita y en sus revisiones más recientes, se la identifica como uno de los factores de mayor incidencia en la aparición histórica de nuevas formas discursivas, como la ficción en prosa y la prosa ensayística que suponen un nuevo enfoque del lenguaje, con una nueva mentalidad más subjetiva y reflexiva. Así, como ejercicio de escritura, tentativo y perfectible, nunca definitivo, el ensayo se insinuó, aún sin oficializarse, en la modalidad barroca del *discurrir a lo libre*, y muchas veces se anunció al servicio de ciertas corrientes de pensamiento, en tipos textuales afines como las epístolas, los diálogos, los sermones, las proclamas y otros discursos agonísticos o polémicos.

Recordemos, en este punto, la ya señalada connivencia que mantuvo con el periodismo y, en particular, con el fenómeno que en el siglo XIX se denominó el *diarismo* que dejó su impronta como tendencia en diferentes formas discursivas emparentadas con el ensayismo de la época. De modo que sus procedimientos retóricos y modos compositivos derivaron de los tópicos, el estilo, el formato y las características materiales específicas de los periódicos de la época, albergando inclusive hasta algunas formas narrativas de ficción por medio del popularizado *folletín*. Cabe aclarar

que no es hablada ni está presente en el momento de su recepción, libera al que escribe de los constreñimientos de las múltiples condiciones de la presencia real y los actos verbales, dejando posibles oportunidades de perspectiva listas para ser descubiertas...” (232).

que esta relación no es exclusiva del ensayo latinoamericano, ya que tanto en la Europa insular como en la continental existió una larga tradición de publicaciones, revistas y semanarios, un siglo después de la aparición del ensayo en la historia de la cultura occidental.¹³ Es obvio que esto aceleró y extendió su difusión, estableciendo una intercomunicación inmediata y fluida del ensayista con el público lector. De ahí que pueda concluirse que, en términos generales, el ensayo se incubó en el espacio más acotado y heterogéneo del periódico, en cuyas páginas encontró lugar ese acto de *pensar en el papel*, dejando abierta la posibilidad de incorporar rectificaciones, prolongaciones y expansiones en los números posteriores.

Seguramente las características propias de esa actitud discursiva, así como la ausencia inicial de una tradición ensayística aquilatada en nuestro continente que pusiera vallas a la libertad de su comportamiento formal, contribuyeron a otorgar la fisonomía específica que tuvo este tipo de escritura en estas tierras y propiciaron su fuerte arraigo durante las etapas fundacionales y en los momentos más críticos de nuestra historia cultural e intelectual. En consecuencia, no sorprenden ni la extraordinaria potencialidad incoativa ni la eficacia de su acción persuasiva, en virtud de las cuales este tipo discursivo se arrogó su tan reconocida capacidad para dar cauce expresivo a los procesos autointerpretativos característicos de la modernidad.

Una vez oficializado como tipo discursivo en estas tierras, bien entrado el siglo XIX, el ensayo tuvo un rol

13 Remitimos, por ejemplo, a las revistas inglesas *The Tatler* y *The Spectator*, editadas por Richard Steele y Joseph Addison, que se empezaron a publicar desde 1709 y 1711 y popularizaron el género, incluyendo artículos breves y todo tipo de ensayos, en consonancia con la gran tradición ensayística de la literatura inglesa, y, unos años después, *El diario de los literatos de España en 1737*, *El caxón de sastré* (1760), *El Correo de Madrid* (1786), *El Censor* (1781), entre tantos otros.

fundacional y, en cierto modo, programático en las incipientes sociedades americanas, cuando la mayoría de ellas eran naciones todavía en ciernes. Destacamos en particular esta condición inherente al ensayo cultural latinoamericano, siempre inscripto en contextos que favorecían y reclamaban la formulación de proyectos y propuestas revolucionarias o reformistas de las más diversas raigambres ideológicas. Por supuesto, no ignoramos las consecuencias que esta descripción proyecta en la práctica reflexiva sobre el ensayo. En principio, tomamos distancia de las teorizaciones posmodernas sobre el género que lo postulan como mero ejercicio de escritura subjetivo y juego retórico, subestimando o diluyendo su valor argumentativo y pragmático como *discurso portador de ideología*, con un alto poder de intervención en los debates políticos, culturales y sociales.¹⁴ Esas posiciones acostumbran caracterizarlo como un género privilegiado para trasuntar esa condición relativista e ideológicamente ligera o vaciada; por ello insisten en el carácter disuasorio, incierto y hasta indeterminado de sus proposiciones y argumentaciones. Es así que, en favor de la desarticulación y particularización de los saberes producidos y difundidos con ese formato, por cierto teñidos de un escepticismo desmovilizador, se diluye desde este ángulo la fuerza programática y persuasiva que contenían las expresiones ensayísticas en el uso eminentemente político, con que se las venía cultivando desde las vísperas de la formación de los estados nacionales en Latinoamérica.

Insistimos: contrariamente al signo rupturista, escéptico

14 Esta perspectiva está ausente, por ejemplo, en el libro de Claire de Obaldía, *The Essayistic Spirit...*, donde se limita el tratamiento del ensayo hispánico –lo latinoamericano en particular–, al análisis de la ensayística de Jorge Luis Borges. Tampoco se la contempla en el volumen compilado por Marcelo Percia, *Ensayo y subjetividad*, ni en el libro de Eduardo Grüner, *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*, excepto cierta mirada obstinadamente moderna que persiste en algunos trabajos incluidos en este último.

y transgresor que suele asociarse a su aparición en la escena europea –en particular, con Montaigne–, el ensayo irrumpió en el discurso de las elites intelectuales hispanoamericanas como un género *inaugural* que anticipaba la modernidad en el horizonte discursivo: “el primer género mayor no recibido a través de la cultura colonial” (Gómes: 192-193), ya que, como se sabe, España aún no contaba en esa época con manifestaciones ensayísticas, en un sentido genérico del término.¹⁵ Y si esto no bastara para trazar la divisoria de aguas respecto de sus fuentes o textos inspiradores, recordemos que el ensayo de interpretación cultural ha cumplido en Latinoamérica, desde sus comienzos, un papel fuertemente cuestionador de sistemas cerrados y dogmáticos, por cuanto ha dado forma a la revisión y el ajuste, en mayor o menor medida, del proyecto de la modernidad a las más dispares particularidades latinoamericanas, confirmando lo que señalamos acerca de la imbricación del proyecto moderno en toda dilucidación, explicación o debate acerca de la cuestión cultural en estas regiones.¹⁶

Fue sobre todo en la faz revolucionaria de la modernidad, cuando se introdujeron signos inequívocos de una profunda voluntad de cambio, canalizada por medio de la formación y la orientación de la opinión pública y la instrucción de los ciudadanos. Asimismo, el avance de la alfabetización y la imprenta junto con la incorporación y la circulación de las ideas de *nación, progreso, revolución, cambio, regeneración, civilización*, entre otras, en gran parte

15 En el primer capítulo de nuestra tesis de doctorado desarrollamos la etimología de ese vocablo. Reproducido en M. Scarano 2012, capítulo 1.

16 Si nos ceñimos al siglo XIX, son ilustrativas las diferentes variantes del ensayo romántico, desde los textos de Sarmiento y Francisco Bilbao hasta los de J. V. Lastarria y J. B. Alberdi, en especial los que abren el debate acerca de lo americano y la cuestión nacional, sin ocultar su voluntad fundacional.

difundidas a través del ensayo, dieron lugar muy pronto a la multiplicación de medios de prensa escritos y otros materiales impresos que colaboraron en forma eficaz para comenzar a hacerlas realidad. En ese mismo medio social, los viajes, las cartas y el intercambio de diferentes escritos (manuscritos inéditos impublicables, libros prohibidos, periódicos, revistas y libros extranjeros, traducciones) alimentaron, sin duda, las discusiones de los nuevos grupos letrados y contribuyeron a la formación de un *público* lector, en la acepción moderna de la palabra.

Por último, cuando sostenemos que el ensayo cultural desempeña un papel *fundacional* en este terreno, lo planteamos en un doble sentido. En primer lugar, porque se arraigó como tipo discursivo sin una tradición aquilatada ni reconocida con legitimidad en la lengua y la cultura hispánica, aunque con una tradición consolidada en el Occidente europeo y asimilada a través de ensayos escritos en francés y en inglés que, ya en esos tiempos, fueron leídos con avidez por algunos letrados americanos, y además porque, como ejercicio de autocomprensión, se convirtió en el espacio discursivo adecuado para la constitución y la disputa de subjetividades sociales y culturales ideológicamente localizadas.¹⁷

17 Destacamos las ideas de los *philosophes* franceses, principales fuentes intelectuales del nuevo americanismo, cuya crítica de las instituciones sociales, políticas y religiosas de la época fue conocida y discutida por los americanos, aunque nunca de un modo acrítico. Vulneradas las barreras interpuestas por el gobierno español para impedir su difusión, la literatura de la Ilustración y de la Revolución Francesa circuló en Hispanoamérica con relativa libertad. En México, Newton, Locke, Adam Smith, Descartes, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, Condillac y D'Alembert eran leídos por los miembros de la ciudad letrada, pero a partir de 1790, la nueva filosofía comenzó a ser perseguida por la Inquisición mexicana, por su contenido político, sospechado de sedicioso, defensor de “principios generales sobre la igualdad y libertad de todos los hombres” y vehículo de las noticias consideradas peligrosas de la Revolución Francesa. Asimismo la lectura de Paine y los discursos

No se puede negar la estrecha relación que el ensayo mantuvo desde sus comienzos con la cultura letrada.¹⁸ En definitiva, para los pequeños grupos letrados que habían logrado acceder a los beneficios más sofisticados de la *civilización*, la letra les ofrecía un poderoso instrumento de ideologización, por su capacidad de *fixar* la realidad analizada, soñada o proyectada. Y mientras tomaban conciencia y polemizaban sobre la realidad inédita que convocaba su interpretación, esos nuevos sujetos se constituían simbólicamente en el acto de la *puesta en escena* ensayística.

Bibliografía

- Arenas Cruz, María Elena (1997). *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla - La Mancha.
- Carilla, Emilio (1999) [1994]. "El ensayo hispanoamericano en la época colonial". En Carmen Perilli, compil. *Las Colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales*. Tucumán: IIELA - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Tucumán. 131-142.
- De Obaldía, Claire (1995). *The Essayistic Spirit. Literature, Modern Criticism, and the Essay*. Oxford: Clarendon Press – Oxford.

de John Adams, Jefferson y Washington, cuyas obras circularon por el subcontinente, estimulando el deseo de libertad y el espíritu republicano y liberal. Sin embargo, a menudo el móvil de todas esas lecturas nacía de una penetrante curiosidad intelectual, puesto que –como acota John Lynch– poseer un libro no significaba necesariamente aceptar sus ideas (38).

18 El ensayo fue cultivado en Latinoamérica por los nuevos sujetos sociales de esa elite cultural compuesta en aquel entonces por un reducido concierto de voces, en su mayoría, criollas y, en menor grado, mestizas, no demasiado diversas ni étnica ni socialmente. Salvo muy escasas excepciones, como el Lunarejo en Perú o el ecuatoriano Eugenio Espejo, hay pocas voces mestizas, indígenas y de las castas entre los cultores del ensayo y sus formas previas.

- Gómes, Miguel (1995). "El género que vino de la modernidad: El ensayo". *Atenea. Revista de ciencia, arte y literatura*, 471. 192-193.
- Grüner, Eduardo (2000). *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Guerra, François-Xavier (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE.
- Habermas, Jürgen (1989). *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Buenos Aires: Taurus.
- (1991). "Modernidad: un proyecto inconcluso". En *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilación y prólogo de Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur. 131-144.
- Kittay, Jeffrey (1995). "El pensamiento a través de las culturas escritas". En David R. Olson y Nancy Torrance (compils.). *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 223-234.
- Lynch, John (1985). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1825*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Mignolo, Walter (1984). "Discurso ensayístico y tipología textual". En *Textos, modelos y metáforas*. Xalapa, México: Univ. Veracruzana. 209-232.
- Percia, Marcelo (compil.) (1998). *Ensayo y subjetividad*. Buenos Aires.: Eudeba - Secretaría de Cultura de la Facultad de Psicología de la UBA.
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca (1989). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- Rama, Ángel (1995). *La ciudad letrada*. Prólogo de Hugo Achugar. Montevideo: Arca
- Scarano, Mónica (2007). *Latinoamérica a través del espejo. El ensayo como discurso cultural (de Sarmiento a Mariátegui)*. Tesis de doctorado. FFYL – UBA. Ver primera parte en Scarano (2012). *El ensayo latinoamericano como discurso cultural*. Madrid: EAE. En prensa
- Schwarz, Roberto (2000). "As idéias fora do lugar". En *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Libreria Duas Cidades.
- Gómes, Miguel (1995). "El género que vino de la modernidad: El ensayo". *Atenea. Revista de ciencia, arte y literatura*, 471. 192-193.
- Grüner, Eduardo (2000). *Un género culpable. La práctica del*

- ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Guerra, François-Xavier (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE.
- Habermas, Jürgen (1989). *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Buenos Aires: Taurus.
- (1991). "Modernidad: un proyecto inconcluso". En *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilación y prólogo de Nicolás Casullo. Buenos Aires: Puntosur. 131-144.
- Kittay, Jeffrey (1995). "El pensamiento a través de las culturas escritas". En David R. Olson y Nancy Torrance (compil.). *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 223-234.
- Lynch, John (1985). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1825*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Mignolo, Walter (1984). "Discurso ensayístico y tipología textual". En *Textos, modelos y metáforas*. Xalapa, México: Univ. Veracruzana. 209-232.
- Percia, Marcelo (compil.) (1998). *Ensayo y subjetividad*. Buenos Aires.: Eudeba - Secretaría de Cultura de la Facultad de Psicología de la UBA.
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca (1989). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- Rama, Ángel (1995). *La ciudad letrada*. Prólogo de Hugo Achugar. Montevideo: Arca
- Scarano, Mónica (2007). *Latinoamérica a través del espejo. El ensayo como discurso cultural (de Sarmiento a Mariátegui)*. Tesis de doctorado. FFYL – UBA. Ver primera parte en Scarano (2012). *El ensayo latinoamericano como discurso cultural*. Madrid: EAE. En prensa
- Schwarz, Roberto (2000). "As idéias fora do lugar". En *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Libreria Duas Cidades.